45-139

CAUSA DE LA UNIVERSALIDAD DEL QUIJOTE

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

POR LOS SEÑORES

D. CAYETANO DE ALVEAR

Y

D. ENRIQUE REDEL

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO

VERIFICADA

EN EL SALÓN CAPITULAR DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

EN LA NOCHE DEL 6 DE MAYO DE 1905

EN SESIÓN SOLEMNE Y EXTRAORDINARIA CONMEMORATIVA

DEL TERCER CENTENARIO DE LA OBRA INMORTAL

DE CERVANTES

oba

CÓRDOBA

MIENTO TIPOGRÁFICO LA PURITANA
que de Hornachuelos, núm. 13
1905

133758

CAUSA DE LA UNIVERSALIDAD DEL QUIJOTE

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

POR LOS SEÑORES

D. CAYETANO DE ALVEAR

Y

D. ENRIQUE REDEL

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO

VERIFICADA

EN EL SALÓN CAPITULAR DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

EN LA NOCHE DEL 6 DE MAYO DE 1905

EN SESIÓN SOLEMNE Y EXTRAORDINARIA CONMEMORATIVA

DEL TERCER CENTENARIO DE LA OBRA INMORTAL

DE CERVANTES

R 116441

CÓRDOBA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO LA PURITANA

Duque de Hornachuelos, núm. 13

1905

Al Académico D. Manuel Salinas, en prueba de atenta consideración

El autor

Córdoba – 26 – V – 5.

DISCURSO

DE

D. CAYETANO DE ALVEAR

CAUSA

DE LA UNIVERSALIDAD DEL QUIJOTE

SEÑORAS Y SEÑORES:

I

La Academia de Ciencias, Bellas letras y Nobles Artes de Córdoba, cometiendo el error—único en su ya larga vida de envidiable abolengo—de traducir en aptitudes mías el vano esfuerzo de mis aficiones artístico literarias, me sorprendió hace unos meses con el inmerecido honor de nombrarme su socio correspondiente, y, hace solo muy pocos días, ha completado su obra de indulgencia al conferirme por mayoría de votos el nombramiento de académico de número en vacante ocurrida en la sección de artes.

A mucho me obliga tan señalada distinción. Y de que tal es mi firme creencia téngase como prueba, así como por demostración de mi profunda gratitud, el acto de sumiso acatamiento que verifico al acudir á este lugar á tomar pública posesión de mi

cargo, con un ceremonial inusitadamente suntuoso, en ocasión por otro modo señalada y solemne, habiendo de dirijirme á tan docta sociedad, ante selecta y numerosa concurrencia, teniendo que tratar—sin la indispensable preparación por apremios del tiempo—un tema impuesto por las circunstancias, y sin otra autoridad que la de mi escaso valer ni otra ayuda que la de mi torpe palabra.

No es para mi menor motivo de reconocimiento, el bienhechor estímulo que este acto despierta en mi espíritu hacia las perdidas ambiciones de mi juventud, cuando arribando á esa cansada edad en la que todo se advierte destruido por la inclemencia del tiempo, más que del papel de actor gusto del de ignorado espectador en las tristes alegrías del teatro de la vida, no acariciando otra ambición que el escrupuloso cumplimiento de los deberes de la *hidalga* y *andante* profesión militar, estrecha religión de la caballerosidad, de la obediencia, de la abnegación y del honor, ni otro solaz que el *sancho-pancesco* cuidado de mi modesta hacienda con el bienestar de la vida del campo; vida tan rica de positivos goces, por su inmediato contacto con las maravillas de la naturaleza, que, al disfrutarla, ya porque eleve la vista al cielo, ya porque la incline sobre la tierra generosa, tal me retiene y atrae que siempre que de ella se me ha querido apartar con promesa de mayores bienes, he pensado como Diocleciano al ser requerido en su retiro de Salona para que volviese á empuñar las riendas del imperio: —*¡Si vieseis que hermosas lechugas tengo aquí plantadas por mi mano!*

De lo que no será difícil deducir que solo indignamente podré llenar la vacante de académico numerario que se me ha adjudicado por fallecimiento del distinguido pintor D. Juan de Montis y Vázquez, quien, además de los méritos que á esta corporación le trajeron, contaba sobre mí la ventaja de los alientos de la fé y la virtud de la constancia siempre precursores del éxito.

Y esperando se me absuelva del abuso de este desaliñado exordio, que delata en mí una manía harto egotista, trataré de fijar el tema que he de desarrollar en el curso de esta peroración.

II

Ciertamente que, al llegar á este punto, mi perplejidad es grande. La Academia, con haberme designado para su sección de artes, dejó al parecer trazada la ruta que precisamente he de seguir. Por otra parte, es un hecho, que existe su terminante acuerdo de que el presente acto revista caracter excepcional «en conmemoración del tercer centenario de la publicación del *Quijote*» con la cláusula consiguiente de que en él me ocupe de esta obra imperecedera.

Bien quisiera, señores, dando libertad á mi espíritu, dejarlo remontarse en este instante á las regiones impalpables de la música, culto fervoroso de

mis mejores años, objeto aún de mis más vivas emociones, abrigado nido de mis más dulces recuerdos; de ese arte conmovedor que sin más medios de expresión que la lentitud y la celeridad, la debilidad y la intensidad, la gravedad ó la agudeza, la repetición ó la omisión del sonido, al cautivar nuestra atención con imperioso dominio, despierta y aviva en el conmovido pecho sus más hondas emociones sellándolas con un encanto de imperecedera memoria; de ese arte prodigioso de la abstracción que nos habla directamente al alma, en un idioma sobrenatural que no razona; en un idioma que plegándose á nuestro estado de ánimo, al acariciar los anhelos de nuestro corazón, extrema y sublima las impetuosas agitaciones de nuestro ser; idioma seductor que al transportar al hombre en alas de su imaginación realiza su pertinaz deseo de penetrar en lo infinito; idioma universal, si no por todos aprendido para nadie incomprensible; arrebatador idioma en fin, que al transponer los límites estrechos donde termina la razón habla elocuentemente al sentimiento, porque su imperio comienza precisamente allí donde no alcanza el limitado poder de la palabra.

No fuera menór mi complacencia al internarme por los dilatados campos de la pintura, de la escultura, de la arquitectura: por los dominios de la luz, y de su inmediata consecuencia el color que se descompone, multiplica y combina en diversidad de hechiceros matices en la mágica lucha de aquella con la sombra; por los que pertenecen á la más alta y perdurable expresión de la belleza de la forma; por los que son propios de la más útil y grandiosa

aplicación del prodigiosamente variado movimiento de la línea.

Pero esto, que descubriría á mi vista extenso horizonte, pudiera separarme demasiado del principal objeto que aquí nos congrega, sin que mi mejor deseo acierte tampoco con el medio eficaz de conciliar ambos propósitos.

No he de fijarme, por ejemplo, en la influencia del *Quijote* en las nobles ó bellas artes, por que tal influencia no existe. El *Quijote*, como todas las obras literarias que han tenido el privilegio de llamar sobre sí la atención del mundo entero—como la Iliada, como la Odisea, como la Divina Comedia, como la Biblia—ha sido motivo de innumerables obras artísticas, pero esto no significa que haya marcado huella alguna en el curso y desenvolvimiento natural ni de la pintura, ni de la escultura, ni de la arquitectura. Prolijo sería detenerse siquiera en la enumeración de esas producciones, empresa no de esta ocasión, y que, por mirarla como inacabable, juzgo superior á mis fuerzas, pues significan el fruto del trabajo de larga época y de todos los paises, entre los que ocupa preeminente sitio el nuestro, como lo pueden acreditar Hispaleto, Gisbert, Bolivar, Domínguez, Jadraque, Lezcano, Jiménez Aranda, Moreno Carbonero y tantos y tantos otros.

No dejaré sin embargo de consignar que tengo por las últimas palabras, entre ellas, el magnífico cuadro del referido Moreno Carbonero titulado «No escarmentará», y las dos soberbias esculturas, que no podeis desconocer, del eminente artista cordobés y distingnido miembro de esta academia, D. Mateo Inurria.

De igual inconveniente adolecería el ocuparme de las numerosas ediciones del *Quijote* y demás obras á él referentes, ilustradas por medio del grabado. Además, la iconografía del *Quijote*, en la que de muy antigüo mucho y con mucho éxito se viene trabajando, no ha de perder nada por esta omisión mía.

Solo á título de curiosidad y como muestra de proyectos *sensacionales*, del género utópico, he de recordar, uno, muy formalmente desarrollado, que leí allá en mis mocedades y que consistía en convertir el paseo del Retiro de Madrid en un recuerdo del teatro de las hazañas del héroe manchego, en el que por medio de sucesivos monumentos de carácter permanente, realizados por los más reputados artistas, se vieran reproducidas las principales escenas de la obra ejemplar. En la actualidad no sé en qué habrán parado los esfuerzos de aquél comité que hace un par de años se constituyó en París con objeto de erijir en dicha capital, por el concurso de España, Méjico, la Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, el Perú, Centro América y el Ecuador, todos los pueblos que hablan el castellano, un monumento, cuya ejecución admirablemente concebida por el insigne Querol había sido á este encomendada, en el que figurara Cervantes junto á Shakespeare que glorificara la lengua inglesa, junto al Dante que representase la italiana, y junto á Heine como honra de la alemana, proclamando con esto la belleza secular de nuestro idioma; proponiendo en fin, con motivo del actual centenario, que ese monumento fuera doble erijiéndose otro igual en la Puerta del

Sol de Madrid, sin obtener aceptación. Lo cierto es que, hasta el presente, no tenemos en España ninguno digno de Cervantes.

También ha de resultar interesante hacer memoria de que el *Quijote* ha sido puesto en música, y aun si se quiere *en solfa;* y antes sin duda en Francia que en nuestro pais. No han de haber sido olvidadas las zarzuelas «La venta encantada» de D. Adolfo García, «El loco de la Guardilla» de Narciso Serra, y la «Insula Barataria» de D. Luis Mariano de Larra; pero aun son mucho más antiguos la ópera bufa en un acto de Mr. Poinsinet, puesta en escena en Avignon en 1768 titulada «Sancho Pança dans son isle»; y el *vandeville* de Mr. Branzier «La famille de D. Quichotte» prólogo de «Don Quichotte» y la *folie* en cinco cuadros de gran espectáculo de Cuvier y Franconi titulada «D. Quichotte et Sancho Pança» representadas en París en 1811. En «La liberté des teatres»—París 1864—*salmigondís*, ó si se quiere, despropósito, con intermedios de canto, en tres actos y catorce cuadros, que es una sátira contra Victoriano Sardou y sus obras,—una de estas en tres actos y ocho cuadros «D. Quichotte»—el cuadro 4.º del acto 1.º se titula también «D. Quichotte» *tragedie heroique* y aparecen en él *La Tolosa, la Molinera, Basilio, D. Quijote* y *Sancho.*

Pero lo más saliente y exquisito de que tengo noticia es el *poema sinfónico* de Ricardo Straus, que se tocó y escuchó por primera vez en París en el concierto del teatro del Chateau d'Eau el 11 de Mayo de 1900. Apesar del entusiástico elogio que hubo

de merecer de la crítica francesa no acierto á darme cuenta de los medios de que se haya podido valer el autor para llevar á las abstrusas armonías de la música sinfónica las caprichosas y variadas escenas de la humorística creación del más genial de nuestros escritores.

Grande es ya en fin mi curiosidad por tener noticia de los episodios que uno de estos días se han de representar en el teatro Real de Madrid «La Veladura de las Armas» por Sellés, música del maestro Vives; «Los galeotes» por los hermanos Quintero, música del maestro Bretón; y el del «Caballero de los Espejos» por Ramos Carrión y el maestro Jiménez; más la «Loa» de Fernández Shaw y el maestro Caballero.

III

Y esto dicho, permitid que me detenga, temeroso de haber abusado de vuestra paciencia y me aparte de un camino que seguramente conduce al cansancio.

Pero he aquí que al avanzar en él más de lo que fué mi intento he deslizado inadvertidamente los dedos entre las hojas del libro inmortal, que parece abrirse por sí solo en mis manos apoderándose por completo de mi atención y de mi voluntad; sin que me sea dado llevar ya estas á otra parte ni dilatar un momento más el decidido propósito de rep-

dir mi homenage humilde á la obra asombrosa del primero de nuestros hablistas á la «VIDA Y HECHOS DEL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA,» más conocida con el breve y sugestivo título de el QUIJOTE.

IV

No he de recordaros su asunto inolvidable. Todos poseeis el libro; todos lo conoceis; todos lo habeis leido con repetición; porque es el recreo de todas las edades y de todos los gustos; el amigo de todas las clases sociales, el complaciente compañero de todos los estados del ánimo. Y con esto y con ser un libro genuinamente español por su estilo, por el lugar en que su acción se desarrolla, por las costumbres que describe y por los caracteres é idiosincracia de sus personages, es también por su estendida é ilimitada popularidad el libro de todos los paises. Es un libro *universal.*

Ya se que no lo dudais, pero, con todo, dejadme presentaros la prueba inmediata de ello, y, cuando lo haya hecho, permitidme también discurrir sobre la *causa eficiente de esa universalidad*, lo que podrá servirme de tema para el resto de mi trabajo.

V

Nadie puede negar que la obra maestra de Cervantes ha alcanzado en todas las clases sociales de nuestro país el límite de la popularidad. No hay entre nosotros quien desconozca á sus dos personages principales D. Quijote y Sancho Panza y no es difícil tampoco encontrar personas que crean firmemente que han existido.

Mi creencia es aun mayor: yo creo no solo que han existido, sino que han existido siempre y en todos los confines habitados de nuestro planeta; y que existen y existirán mientras el mundo sea mundo y quede sobre la faz de la tierra un résto de espíritu de sociabilidad humana. Por eso creo además que esa popularidad del *Quijote;* que no es mucho menor que aquí en otras naciones, ha de ir en grado creciente hasta igualarse en todos los paises cultos, siendo un hecho que constituye ya actualmente una positiva universalidad: así lo demuestran las 482 ediciones, hechas cada vez con más frecuencia, que se llevaban registradas hace próximamente una docena de años, de ellas 185 en castellano, 3 en catalán, 125 en francés, 77 en inglés, 39 en alemán, 9 en holandés, 14 en italiano, 8 en ruso, 3 en dinamarqués, 5 en portugués, 2 en sueco, 2 en bohemio, 3 en húngaro, 1 en polaco, 2 en griego, 1 en

servio, 1 en croata, 1 en finlandés y 1 en turco, siendo en su mayor parte de crecido número de ejemplares y las más ilustradas y muy costosas; no pudiendo juzgarse sobre el número de las que habrán quedado por registrar. Lo que después de ese tiempo se ha hecho, ha sido mucho y muy bueno y muy interesante, sin que sea necesario á mi intento hacer aquí mayor mérito de ello, complaciéndome solo sí, en llamar la atención hacia la obra emprendida por una persona de envidiable renombre en su especial profesión, obra que por sí sola bastará á la buena memoria de la celebración de este centenario: me refiero á la impresión del *Quijote* «para los ciegos»...! por el doctor español Sr. Mascaró.

VI

Demostrada así la universalidad del famoso libro, para estudiar la causa que la produce oigamos lo que dice la crítica y á este efecto, copio al acaso la siguiente opinión como una de las más generalizadas:

«Esta obra prodigiosa, traducida en todos los idiomas de los pueblos cultos, es sin disputa la primera de todas las novelas, cómicas ó burlescas por el buen gusto que en ella reina, el ingenio, la naturalidad, el gracejo, la fina y festiva sátira, por la sencillez y la pureza de su estilo; por la verdad de

sus retratos; por el gran arte de referir ó sugerir aventuras episódicas, y sobre todo, por el gran talento que tiene su autor para instruir, deleitando, en lo cual no tiene superior en cuantos autores antiguos y modernos han florecido hasta el presente.»

Lo que pudiera resumirse diciendo: que el *Quijote* es una gran novela burlesca, satírica, de forma ejemplar y de carácter especialmente instructivo; hasta el punto, esto último, de que no tiene superior en el arte de «instruir deleitando» ni en lo antiguo ni en lo moderno.

Es indudable que el *Quijote*, tomado como un libro de mero pasatiempo, no produce otra impresión en las imaginaciones tiernas, inquietas, ó poco cultivadas, que el de esa «novela cómico burlesca llena de ingenio, de naturalidad y de gracejo» de que queda hecha mención. Así sucedió en su primera época en que su lectura cundió más por el vulgo y entre la gente popular que entre los literatos de alta clase, indicándolo su mismo autor con relación á las mugeres y los pages. Todas las ediciones españolas de más de siglo y medio fueron por esta causa modestas y de mal gusto. No bastaron pues sus condiciones cómicas para elevar la obra demasiado sobre las demás de su clase.

En todo caso los más atentos vieron entonces, y todos han reconocido después que el verdadero propósito del autor fué escribir una *sátira*,—la «fina y festiva sátira» de que se ha hecho mérito,—sin que se deba dar á esto interpretación distinta que la por él mismo declarada de ridiculizar la literatura caballeresca, lo cual no ofrece fundamento suficiente

para ver en ello la razón de su universalidad, pues es sabido que al estar ya desacreditados entonces los libros de caballerías Cervantes tan solo persiguió un fantasma, y mal pudiera resultar digno de fama imperecedera lo que se asentaba sobre base tan quebrantada y destruida, verificándose por el contrario que esos libros sin la nueva vida que el extraordinario valor artístico del *Quijote* les ha dado, ni serían ya del conocimiento general de las gentes, ni siquiera hubieran llegado tal vez á nuestra memoria.

Existe una manera estrecha y pequeña de estudiar y entender el *Quijote* que resbalando por su superficie y sin intentar mirar hacia su interior lo analiza con detenimiento y minuciosidad, gramatical y retóricamente. Crítica menuda, nimia, literal, que si puede tenerse por escuela de buenos hablistas no es menos peligrosa para esos arcáicos imitadores, lueros de sentido, que no alcanzan á comprender que el estilo de Cervantes, con toda su riqueza de figuras y de vocablos no consiste más que en la naturalidad y la sencillez de dicción puestas al servicio de las ideas. Aparte de ello y á pesar de ciertos defectos de bulto que se advierten en su forma presentados muy de relieve por sus detractores, cuyo ejemplo no deseamos seguir, el *Quijote*, estéticamente considerado es un libro admirable. Con todo, no comprendo que esto baste á su fama universal, ni me doy cuenta de la manera como pasarán á algunos idiomas de los que dejo citados, no ya las galas del lenguaje sino todas las condiciones que avaloran la belleza de su forma. «Los verdaderos genios,

dice Hugo Blair, dominan las lenguas y se crean nuevos modos de decir... el mismo Marivaux se habría perdido en sus inútiles tentativas si hubiese pretendido traducir no digo el *D. Quijote*, sino el Lazarillo del Tormes de Mendoza ó el Rinconete y Cortadillo de Cervantes.»

Tampoco nos han de ofrecer la razón que buscamos los partidarios del sentido oculto, los sectarios de la *doctrina esotérica* que, al contrario que los anteriores, queriendo descubrir en el autor intenciones y tendencias que nunca tuvo, tanto penetran y escudriñan en el interior de la obra que internándose en las más densas tinieblas y pretendiendo palpar en ellas lo que no es posible descubrir, se pierden en un verdadero laberinto de las más atrevidas conjeturas, sin añadir con esto, si es que algo encuentran ú olfatean, el menor mérito ni atractivo á la interesante novela, pues no es posible que á través de las mudanzas de los tiempos le puedan prestar mayor aliciente, ni el convertir á su autor en un enigmático filósofo, racionalista, demócrata ó republicano, ni el que en su fondo encierre una sátira política de aquellos tiempos, ni menos que esconda burlas y desdenes personales, ya por efecto de particulares rencillas, ya por ruidosas y conocidas contiendas en el palenque literario.

Nadie podrá imaginar que el *Quijote* sea un libro intencionadamente docente, ni yo entiendo que en una crítica serena y desapasionada pueda atribuirse á su autor esa superioridad «sobre todos los escritores antiguos y modernos» para «instruir deleitando» que hemos dejado apuntada.

La creciente afición á la lectura del *Quijote* que en un principio no pasó de aquella sensación de puro agrado de un libro ameno y divertido, caldeada entre los literatos, por las corrientes de entusiasmo que en el siglo anterior nos llegaron de las demás naciones y muy especialmente de las que ya marchaban á la cabeza del progreso, Inglaterra y Francia, se trocó en absorta admiración hacia su autor, la que después, exagerada, determinó un *culto cervántico*, culto bien pronto idólatra que degeneró en un verdadero fetichismo.

Para estos creyentes, en Cervantes estaban comprendidas todas las Humanidades, todas las Ciencias y toda la Filosofía; lo pusieron por encima de los hombres más eminentes de su época y no se contentaron con menos que con igualarlo con Homero. No faltando quien, echando en olvido las lumbreras de la ciencia que por aquel entonces florecieron, le haya llamado «*El Ilustrador del Género Humano.*»

Y como es condición del hombre el empeñarnos en ver en los demás aquello que vemos en nuestro interior, de aquí que cada cual, según sus deseos ó aficiones, se haya ido complaciendo después en atribuirle en grado extraordinario la posesión de aquellas aptitudes ó conocimientos de su particular predilección y así, en la actualidad hemos de admirar, á *Cervantes marino*, según el ilustre general de la Armada, eminente geógrafo y sabio académico de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro; á *Cervantes médico*, según D. Antonio Hernández Morejón; á *Cervantes geógrafo*, según D. Fermín Caballero; á *Cervantes soldado*, según el General D. Cris-

pín Ximénez Sandoval; á *Cervantes jurisconsulto*, según D. Antonio Martín Gamero; á *Cervantes teólogo*, según D. José María Sbarbi; á *Cervantes filósofo*, según D. Agustín García Arrieta; á *Cervantes retórico*, como D. Luis Igartuburu; á *Cervantes revolucionario*, como D. Francisco Tubino; á *Cervantes inventor*, como D. José María Asensio, no faltando quien, como el genial escritor que todos conocemos bajo el pseudónimo de el Dr. Thebusen, muy donosamente haya analizado *la cocina del Quijote*.

«*La locura de D. Quijote*» fué el tema elegido por el Dr. D. Ricardo Royo y Villanova, presidente de la Academia Médico-Quirúrgica Aragonesa para su oración reglamentaria en la apertura del curso presente haciendo en ella la historia clínica y analizando el *caso Alonso Quijano* á la luz de la ciencia actual con el mismo detenimiento que en las demás destinadas á ser leidas ó comentadas en la cátedra, lo que realza otro de los méritos de Cervantes.

Recientemente con el título de *Cervantes Poeta* ha publicado D. Eugenio Silvela la conferencia que hizo en el Ateneo de Madrid como en función de desagravios contra los secuaces de la acerada crítica de Clemencin.

Mucho es, por último, lo que habremos de esperar en este sentido del actual centenario, entre lo que no será lo menos sabroso el artículo que con otros seis estudios bajo el título de «Alrededor de Cervantes» ha de publicar «El Bachiller Francisco de Osuna», ó si se quiere D. Francisco Rodríguez Marín, revelándonos á *Cervantes jugador* «burla suave—según sus palabras—contra los que lo han hecho aprendiz de todos los oficios.»

En mi calidad de académico electo de la sección de artes, he de decir que, en honor de la verdad, no sé que hasta ahora se haya ocupado nadie de Cervantes ni como *músico*, ni como *pintor*, ni como *escultor*, ni como *arquitecto*, lo cual no es afirmar que esto no haya de suceder.

Y con todo, considerando por cuantos medios se ha tratado de ensalzar la personalidad del autor del *Quijote*, no puedo menos así mismo de reflexionar que, en mi sentir, aún no se ha hecho el estudio de ella en su punto más culminante, en el que más irresistiblemente llama sobre sí la atención: en aquel que lo revela, al lado de Shakespeare, como estilista inimitable; me refiero á *Cervantes humorista.*

Pero á pesar de lo expresado, aun no está sólidamente demostrada esa onnisciencia que se le quiere atribuir y antes al contrario es cosa sabida que si bien poseía una imaginación vivísima y una memoria tan privilegiada que en la edad adulta se complacía en saborear y encarecer, recitándolos, unos versos que de niño había oido á Lope de Rueda; y era tan grande su amor al estudio que según él mismo dice, siendo muchacho recogía para leerlos cuantos papeles hallaba en la calle; su educación, por estrecheces de fortuna fué muy incompleta, resultando problemático que hubiera llegado á estar en Salamanca; y aun cuando hizo sus estudios en Alcalá, sus contemporáneos le tildaban de *ingenio lego*, que era tanto como decir, en el lenguaje de la época, que *no había arrastrado bayetas ni pisado las losas de la Universidad.* Además, aunque en sus obras todas acredita que consiguió adquirir una edu-

cación nada vulgar, por efecto de su agitada vida nunca llegó á darle la extensión á que su inclinación le impelía.

No ha de tomarse pues el *Quijote* como un libro esencialmente instructivo aunque revele el copioso caudal de conocimientos de su autor, ni estriba en esto tampoco su principal importancia, pues no menos se observa esta abundancia de ilustración en las demás obras de Cervantes, que sin embargo, y sin regatearles su mérito, ni han alcanzado la universalidad de aquel, ni en realidad perduran más que á su sombra.

VII

Buscada inútilmente la causa de la universalidad del *Quijote* en su expléndida forma, preciso será tratar de inquirirla en su fondo y al intentarlo voy á empezar por fijarme en algunos neologismos que el libro popular ha introducido en el lenguaje.

La vulgarización de su protagonista, *D. Quijote*, al ser este observado solo bajo su aspecto grotesco, nos ha legado los vocablos *quijotada, quijote, quijotería* y *quijotesco* en el sentido de «acción ridículamente seria»; «hombre ridículamente grave y serio, nimiamente puntilloso ó que á todo trance quiere ser juez ó defensor de causas que no le atañen»; «modo de proceder ridículamente grave y presuntuoso»

y «acto que se ejecuta con quijotería». Pero además por la observación sin duda más profunda de ese mismo personage, en la evolución desde lo exterior hacia lo interior que cada vez más marcadamente se viene observando para su estudio, nos ha quedado la voz *quijotismo* que tiene el sentido más levantado de la «exageración en los *sentimientos* caballerescos» y también del «engreimiento y orgullo».

D. Miguel Unamuno ha estudiado «El fondo del quijotismo» y deduce que el de la locura de *D. Quijote* no es otro sino lo que él califica de erostratismo, «el ansia loca de fama é inmortalidad». Cuando el hidalgo manchego decide hacerse caballero andante é irse en busca de aventuras, lo hace con el propósito de «ponerse en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama». «¿Quién duda—exclama, hablando consigo mismo en la primera salida de su aldea—sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere»... etc. etc. Y luego: «dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro...» Cuando después de vencido propone á Sancho que se conviertan en pastores, le dice que con ello podrán hacerse «eternos y famosos no solo en los presentes sino en los venideros siglos» y esto no siendo ya caballero andante sino arcádico pastor... Y así en otros y otros pasages hasta el de sus últimos instantes en que muere «arrepentido» como de un pecado de vanagloria, de su sed atormentadora de renombre eterno.

También analiza Unamuno «La causa del quijotismo» y afirma que ese fondo lo sentía en el suyo propio Cervantes, quien al cerrar su obra perdurable decía dirigiéndose á su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada, ó mal tajada, peñola mía adonde vivirás luengos siglos...» y después, haciendo hablar á esa misma pluma: «Para mí sola nació *D. Quijote*, y yo para él: él supo obrar y yo escribir...» Y conviniendo en que «es natural que Cervantes hallara á *D. Quijote* en los entresijos de su propia alma y que lo sacara del hondón de su propio espíritu», añade que «con gran acierto se ha dicho y repetido que *D. Quijote* es Cervantes y que lo es en cuanto este tenía de hombre de su tiempo y de su pueblo siendo el alma española cuajada en Cervantes y en ella el anhelo de dejar nombre.»

Muy generalizada está esa creencia de que *D. Quijote* representa *el alma española*, alma sin duda hoy tan deprimida ó materializada que no ha faltado quien haya dicho que se va á celebrar este centenario precisamente cuando, de la obra inolvidable de Cervantes, ya no nos queda más que Sancho Panza. Yo que, con D. Mariano de Cavia, admiro lo que él llama el *santo quijotismo*, no abundo sin embargo en la opinión de que este sea patrimonio exclusivo de los españoles. A no temer pecar de cansado, no hallaría sin duda mucha dificultad para comprobarlo con solo recordar algunos párrafos de la historia de las épicas contiendas de las naciones y de las sobrenaturales conquistas del progreso humano en lo antiguo y en lo presente, preñadas de

quijoterías, de quijotadas y de quijotismos. Todo ello está en vuestra mente. Básteme, como de actualidad, un solo ejemplo: ¿Puede darse mayor rasgo de quijotismo—después de las aún no abandonadas conquistas de la tierra y del mar en las regiones de lo inexplorado y desconocido—por su alteza de pensamiento; por la abnegación, la fé y la tenacidad; por sus audaces y múltiples aventuras; por todos sus delirios y demencias, quebrantos, fracasos y desdichas; que la resolución anunciada, por la arrogante afirmación de los sabios, casi á plazo fijo y como misión indudable del presente siglo, del problema planteado en Francia en el último tercio del XVIII y nunca después abandonado por diversas naciones, de la aviación y de la navegación área, de la fantástica é inverosímil conquista del aire? Yo creo, sí, que el quijotismo no es condición solo española sino que es una condición humana, que el alma de *D. Quijote* alienta lo mismo que aquí, en el resto de la dilatada extensión de nuestro globo.

VIII

Por propia confesión de su autor, conocemos, según ya he dicho, el objeto que tuvo el *Quijote* histórico y que no fué otro que el que expresan estas palabras puestas en boca de Cide Hamete Benengeli

al fin de la obra: «*pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las finjidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.*» Para descubrir además el íntimo designio de Cervantes, en nuestra marcha hacia el *Quijote* eterno, hacia el *Quijote* universal, sería interesante, aunque no lo tengo por fácil, conocer la causa efectiva de su malquerencia hacia esos libros de caballerías.

D. Narciso Pages, en un interesante y muy razonado artículo titulado «*Una quijotada de Cervantes y la inspiración del Quijote*», demuestra que aquel jóven Silerio, esforzado, heróico, y caballeroso, que en un pasage de la «Galatea» abandona su nave y al ver conducir al patíbulo á su amigo Timbrio desenvaina la espada, arremete contra la fúnebre comitiva y lo salva, no es ni más ni menos que el propio Cervantes, quien, como *D. Quijote,* se había dado á leer en su mocedad las proezas de los Amadises, Esplandianes, Palmerines y otras celebridades de la andante caballería, de las que se hizo tan entusiasta admirador que, llevado de su genio vivo é inquieto y de su levantado espíritu, no pudo menos de caer en el empeño de imitarlas, siendo el hecho indicado una prueba de ello. Y después de referir cómo Cervantes, que resultó herido y preso en tal aventura, salió al cabo libre é impune de ella y cómo más adelante, por escrúpulos de su alma cristiana y de su mortificada conciencia, dejó descargar sobre esta el temor del más implacable remordimiento, concluye por deducir que se creyó en el deber ante la sociedad de ofrecerle pública reparación y de aquí su deseo de «poner en aborreci-

miento de los hombres» aquellos libros que tanto daño le habían hecho, lo que originó el *Quijote.*

Sea esto ó no del todo cierto es indudable que encierra una prueba más de que Cervantes, como tantos otros escritores, es en ocasiones el personage ó personages de sus novelas en los que retrata á veces sus acciones y de contínuo sus sentimientos, lo que, más que en otra alguna, ha de observarse en la que le ha dado la inmortalidad.

Cervantes que escribió el *Quijote* siendo ya viejo,—cuando se publicó la primera parte contaba 58 años y la segunda apareció diez después y solo uno antes de su muerte,—encontrándose pobre y lleno de desengaños en una lucha con la vida de la que solo recogió desventuras, si bien trajo á su libro con el vigor de su espíritu todo el gracejo y la franca alegría de su carácter espansivo é inquieto y aventurero, por el conocimiento del mundo y el cansancio de la vida le imprimió también toda su interior tristeza formando así tan acabada y perfectamente la figura animosa y triste de *D. Quijote* con los destrozados pedazos de su alma.

No hemos de ver pues en este personage solo un ente ridículo y no es por tanto, como pretenden los comentaristas de la obra, ni D. Rodrigo de Pacheco, caballero manchego algo loco y enemigo que fué del príncipe de nuestros ingenios; ni el santiaguista D. Alonso de Quijada de Salazar que se opuso á su boda con doña Catalina de Palacios Salazar; ni la caricatura del fénix de los ingenios Fray Lope de Vega Carpio; ni el emperador Carlos V como blanco de una sátira político-antidinástica; ni en fin,

como asegura mi antiguo amigo el coronel de artillería y ferviente espiritista D. Baldomero Villegas, el Cristo Redentor; aun cuando haya figurado seguir el camino de todos los redentores

D. Quijote es sencillamente ni más ni menos que D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Es Cervantes, sí, pero entiéndase bien, no es su retrato físico ni moral, ni representa ninguna de sus particulares genialidades ó las de su raza, ni reproduce en sus acciones ninguno de los incidentes ó aspectos reales de su vida mortal, es la esencia de su alma. Es el alma de Cervantes noble, grande, heróica y generosa en el delirio de sus aspiraciones, en su afán irresistible de gloria, de vivir, según ya hemos visto «en los presentes y en los venideros siglos» es el ansia loca «de cobrar eterno nombre y fama» en esa aspiración que mueve al hombre, como ser intelectual, á elevar la vista al cielo en su irresistible anhelo de penetrar en los espacios insondables de lo infinito.

Es más: Sancho Panza, á mi entender, no es la continuación, sino el complemento de *D. Quijote* en las alternativas de desnivel y de. equilibrio que se establecen en nuestro espíritu por la porfía de los quiméricos ideales con las impurezas de la realidad.

Cada cual llevamos dentro de nosotros un *D. Quijote* ó un Sancho, ó más bien un Sancho y un *D. Quijote* al mismo tiempo.

IX

La causa de la universalidad del *Quijote* no puede buscarse, no, ni en el gracejo de la fábula, ni en lo acerado de la sátira, ni en la variedad de la inventiva, ni en lo bien sostenido de los caracteres, ni en lo sabroso y chispeante del diálogo, ni en la abundancia y variedad de conocimientos, ni en la riqueza del lenguaje, ni en las galas del estilo, ni en todo aquello en fin que constituye su inmenso, su incomparable valor estético.

La causa de la universalidad del *Quijote* hay que buscarla en su interior, en su idea madre, altamente filosófica, en su fondo esencialmente psicológico.

Toda producción artística es tanto más importante cuanto es más general y es tanto más general cuanto es más trascendente.

Al pensar un asunto se ha de procurar elevar cuanto sea posible el punto de vista y que el radio de acción de la idea que desde él se trace sea también lo mayor que se pueda. Escribir con el punto de vista muy bajo y con el radio de acción muy corto es síntoma de miopismo y tanto se pudiera extremar que indujera á la complacencia de caminar por entre la tierra como los topos. Cuanto más bajo el punto de vista y más corto el radio, el espa-

cio que se abarque será más limitado y todo acabará y morirá dentro de él.

En cambio una obra resulta tanto más importante y vive tanto más cuanto mayor es ese radio. Haced que toque en el infinito y habreis penetrado en los confines de la inmortalidad.

¿Qué quiere decir esto?... Que el asunto que se elija tenga tal generalidad, tal trascendencia, que pueda universalizarse; esto es, que sea cosa de todos los paises y de todos los tiempos.

¿Cómo se consigue?... Esto se logra por la cuidadosa observación del sentimiento ó la luz de la razón colocando la antorcha de tal modo que al iluminar los tenebrosos abismos del alma humana nos deje ver lo universal en lo particular, procurando en cambio al exteriorizar esos sentimientos presentar lo particular por el lado de lo universal.

Pocos ejemplos bastan: Fausto, la Divina Comedia, la Vida es Sueño... tienen ese carácter de universalidad.

El *Quijote* es la novela más trascendental que se ha escrito desde que existe el mundo.

. . . . . .

El *Quijote* se agranda y se universaliza cuando se contempla desde las alturas de la Metafísica que es la ciencia de las causas.

Cervantes, al pensar su obra, sublimando sus propios sentimientos por el esfuerzo de su genio, tanto y tanto elevó insensiblemente su espíritu, que, colocándose en la serena mansión de las ideas puras, en la que todos los horizontes son infinitos, de una sola mirada abarcó toda la humanidad.

Y así después, poniendo el arte á disposición de la idea, al plantear uno de los problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, dió cima á su libro asombroso que vive y ha de vivir en todas partes y en todos los tiempos, porque aun cuando al correr de los años mueran los idiomas que hoy nos sirven y se pierdan y olviden con ellos sus preciadas galas, siempre hablará una lengua por todos entendida: el idioma universal de la razón y del sentimiento.

Concebidas por Cervantes las entidades de su soñador y averiado caballero, y de su escudero práctico, sencillo y socarrón, en las condiciones psicológicas con que los había sentido palpitar dentro de su alma, nunca perdió este punto de vista, siendo todos los demás accesorios y concurrentes á él, y de aquí la gran unidad de pensamiento de una obra que literariamente carece de unidad.

D. Quijote con todas sus extravagantes locuras, y con todas sus excelentes condiciones morales, al constituirse en el paladín del honor y de la virtud, representa el individual sacrificio por la consecución de un fin universal de extremada idealidad, ante el espiritual galardón del reconocimiento, el aprecio y la admiración de los hombres en lo presente y en lo porvenir, de la fama imperecedera, de la eterna gloria; mientras Sancho significa el sentido práctico y racionalista que se satisface en los gustos positivos de esta vida material, limitada y vegetativa.

D. Quijote, que, aparte de sus demencias, es cortés, animoso, sensible é inteligente en alto grado, es un ideólogo sublime que todo lo subordina á una

suprema idea: el bien absoluto del género humano, el bien de los demás. En tanto que Sancho, que acepta con gusto los sacrificios de su amo, participa de ellos con ardor y le sigue cariñoso y sujestionado por la rara superioridad que en él encuentra, lo hace halagando un fin particular, el bien de su propia persona, su ambicionada ínsula Barataria, el humano egoismo.

Todas las ambiciones y los placeres de *D. Quijote* son espirituales. Los de Sancho tienen un fin material. Ambos determinan los dos modos extremos del sentimiento humano: la conformidad con el mundo, la aspiración al ideal; la lucha entre el idealismo y el realismo.

D. Manuel de la Revilla, se irrita y se subleva ante la consecuencia pesimista que inmediatamente se deduce de esta conclusión al tener en cuenta que *D. Quijote* resulta siempre en la fábula derrotado y escarnecido, y dice que Cervantes, que era bueno, nunca pudo pensar en escribir un libro abominable; y así es. Solo que Cervantes—cuyo intento al escribir el *Quijote* queda dicho con repetición—no trató de destruir el idealismo en sí, sino solo, dentro del terreno del arte, el de las estupendas extravagancias de los libros de caballerías; pero, al lanzar para ello su novela por el nuevo derrotero del más puro realismo formó, en las condiciones ya dichas, el admirable conjunto de los dos tipos del loco sublime y de su sagáz escudero, espejo fiel del corazón humano.

Mas no haya miedo de que la locura de *D. Quijote* pueda ser causa de decepción para los

que sientan en sí los grandes alientos de las magnas empresas. Por la misma razón del objeto especial que se propuso Cervantes de ridiculizar y matar los libros de caballerías, esa locura es de tal índole que queda fuera de toda idea de realidad y tocando en los límites del absurdo, aleja todo peligro de desengaño. Otra cosa hubiera sido si esa locura hubiese estado apoyada en algo más racional, en otra clase de aspiraciones más conformes con los incesantes anhelos del progreso y de la perfectibilidad humana, en cuyo caso el libro, por sí solo, hubiera caido de lleno en el anatema que contra él fulmina tan juiciosamente mi inolvidable amigo el sabio crítico D. Manuel de la Revilla.

Y aun hay más: con ser *D. Quijote* tan infeliz en sus temerarias aventuras, en las que de contínuo sale derribado maltrecho y apaleado, son tan atractivamente encantadores la fé y la caballerosidad que le guían y aquel continuado y ferviente culto de su corazón hacia el motivo de sus ensueños, al que rinde siempre el fruto de sus hazañas y el precio de sus desventuras, hacia su ideal Dulcinea, inconfundible símbolo de la gloria, que el lector no puede menos de sentir vivísima afición hacia aquel extraviado, y de identificarse con los nobles impulsos de su alma, pese al continuado y sutil discurrir de su malicioso escudero.

Además, no son cosa nueva para nadie las grandes amarguras, los constantes desfallecimientos, el batallar contínuo y las repetidas humillaciones por que han tenido que pasar generalmente aquellos hombres superiores que han conmovido el

mundo con las sacudidas del genio, antes que la luz emanada de sus ideas irradiase con tal intensidad que fuera imposible ni combatirla, ni resistirla, ni evitarla.

La historia del genio va casi siempre unida á la de la locura. Ya lo dijo aquel otro grande é inolvidable humorista:

Sí fueron, cual se asegura,
Locos, Sócrates y el Taso,
Pregunta mi desventura:
¿Qué separa en este caso
Al genio de la locura?
Y el día del grande afán
Y los grandes desagravios
En que los velos caerán...
Si muchos locos son sabios,
Muchos cuerdos ¿qué serán?

X

En resumen: Sin que yo tenga la pretensión de haber averiguado nada nuevo, pues al contrario son muchos los que entienden que el *Quijote* tiene su mayor importancia en su fondo, es mi más firme convicción que la causa eficiente de su universalidad consiste en la antítesis que en él se sienta de la lucha de lo real con lo ideal que define un estado particular del alma humana, de carácter universal, exteriorizado, en virtud del arte, con todas las galas

del saber, de la experiencia y del talento, por medio de una forma estética y admirable y un estilo esencialmente humorístico; condición esta última tan preciada, que, constituyendo un conjunto de lo serio, de lo jocoso y de lo satírico, sin ser exclusivamente nada de ello, al alternar con absoluto sentido de la realidad lo grave con lo burlesco, la risa con las lágrimas y la ironía con la sublimidad permite á la imaginación extender tanto el vuelo que puede remontarlo á lo más alto del firmamento y dejarlo descender hasta resbalar sobre la superficie de la tierra, pero nunca tan rastrero que toquen sus delicadas alas en las impurezas del fango.

XI

Un ruego para terminar:

Que echeis de nuevo sobre mi insuficiencia el manto de vuestra benignidad, perdonando la fatiga que os he ocasionado al hacer resultar, por mi torpeza, largo y penoso un asunto de suyo tan atractivo que, á haber sido tratado con más competencia y habilidad, se os hubiera antojado corto aun haciéndolo, como puede ser, interminable.

También: Que ya que, según dije en un principio, al traerme á este sitio habeis conseguido despertar los adormidos anhelos de mi lejana juventud, no me dejeis desfallecer, y mantengais perennemen-

te á mi vista esa visión de lo grande, de lo extraordinario y de lo eterno, que, constituyendo un sentimiento innato en el hombre, determina en su naturaleza humana una exaltación divina que lo transporta, en este mundo, al bendecido lugar de la suprema bienaventuranza.

Pues qué ¿no es este el sueño de todas las edades, el que nos hacen acariciar nuestras madres, el que estimulan nuestros preceptores, el que fantasea nuestra imaginación en nuestros mejores años y el que luego constantemente y hasta los más avanzados límites de la vejez, quisiéramos infundir y legar á nuestros hijos?... Todos, poco ó mucho hemos sido, sí, algo *Quijotes;* todos en nuestros ensueños hemos seguido la ruta del ingenioso hidalgo; todos hemos acariciado en una ó en otra forma parecidas locuras, solo que los más, sin la entereza de la fe, pronto cedimos á la derrota, cuidando, para ocultar nuestra caida, de poner el disimulo y la fría despreocupación allí donde antes pusimos la vanidad y el calor del arrebato, y cubriendo nuestras delirantes quijotadas con el mesurado y tranquilo razonar de la incontrovertible lógica de Sancho.

«Alas!.... Alas!....» pedía Federico Rückert; «¡Luz!.... más luz!....» demandaba Goethe.... Y yo digo: Espacio!.... espacio!.... No limiteis el horizonte de mis ilusiones. Dejadme soñar; y ya que ni el valor de mi pecho, ni el poder de mi brazo, ni las energías de mi cerebro hayan bastado á la realización de tantos y tantos ocultos ideales, mil veces acariciados y otras tantas destruidos, dejadme trocar como *D. Quijote* los molinos en gigantes, las

ventas en castillos, las aldeanas en princesas y los bellacos en caballeros, que siempre será más consoladora esta demencia del quijotismo que esa otra enfermedad, mucho más extendida y menos remediable, que al amparo de la fría razón, con la vista fija en el menguado presente y sin cuidarse del pasado ni del porvenir, es rémora ó escarnio de todo movimiento de progreso, de grandeza y de vida, constituyendo el estacionismo y la inercia que, con el frío de la indiferencia es la muerte.

He dicho.

DISCURSO

DE

D. ENRIQUE REDEL

CONTESTACIÓN AL ANTERIOR

SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando la nación española se dispone á honrar la memoria del príncipe de sus ingenios, conmemorando el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, ciertamente esta docta Academia, donde las bellas letras ocupan tan preferente puesto, no podía permanecer muda ni indiferente sin menoscabo de su limpia fama: su proceder en este punto, aunque noble y simpático, solo merece ser objeto del agrado con que se debe de mirar á quien cumple dignamente con su obligación: pero merece alabanzas por el acierto que ha tenido al escoger de entre sus académicos numerarios electos—dicho sea sin agravio para nadie—al Sr. D. Cayetano de Alvear y Ramírez de Arellano para que celebrase su recepción pública en esta noche, víspera de aquella solemnidad patriótica, y tratase en su discurso de alguna materia relacionada con la gran novela del ingenioso hidalgo. El recipiendario es ante todo militar y literato, y ¿quién, señores, con más entusiasmo, puesto que ejerce las mismas profesiones que Miguel de Cervantes, pudiera recordar la gloria lite-

raria de este soldado batallador en Lepanto y escritor peregrino é incomparable? Y ¿quién con más calor pudiera parlar de aquel héroe manchego que, sentado á la mesa entre caballeros y damas, embelesaba á todos discurriendo tan elocuentemente sobre las armas y las letras?

Pero antes de proseguir, permitidme, señores, que trayendo á las mientes aquellas palabras que pone Cervantes en boca de Cide-Hamete de que «á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño y al otoño el invierno y al invierno la primavera y así torna á andarse el tiempo con esta rueda contínua» y que «sola la vída humana corre á su fin lijera más que el tiempo, sin esperar renovarse, si no es en la otra que no tiene términos que la limiten,» recuerde con tristeza al antecesor en esta Corporación del Sr. Alvear; al antiguo académico de número D. Juan de Montis y Vázquez, ya por la muerte separado de nosotros para siempre: pintor distinguido que donó á la Academia un hermoso retrato de D. Luis de Góngora y que en sus mocedades fué pensionado por la Excma. Diputación provincial para completar en la corte sus estudios artísticos. Su cuadro de costumbres locales *Las Despenseras* sobresale como modelo de originalidad y de gracia. Él era en fin, un asiduo compañero nuestro, prudente y honrado, cuya memoria no podemos olvidar. La plaza que dejó vacante en esta Corporación, ocupada hoy por el Sr. Alvear, pertenece á la sección de nobles artes. Realmente atesora nuestro nuevo colega el sentimiento de lo bello y en la esfera del arte puede figurar sin in-

dulgente benevolencia. Basta al efecto con exponer que, llevado de sus aficiones pictóricas, siendo ya Capitán del Ejército, hubo de matricularse en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde con aprovechamiento cursó tres años recibiendo las enseñanzas de maestros tan insignes y renombrados como D. Elías Martín, D. Carlos Rivera, D. Federico de Madrazo y D. Manuel Domínguez. Allí el señor Alvear admiró muy de cerca la luz de estas estrellas tan resplandecientes en el cielo del arte. Aficionado también á la música, se complace en haber conocido y tratado á sujetos de tanta nombradía como Kasman, Uetam, Massini, Tamberlik y Gayarre y gustaba de ofrecer en su casa de Madrid brillantes veladas musicales en las cuales alternó con gusto exquisito y notable lucimiento con verdaderas eminencias. No se ha consagrado, sin embargo, ni á la pintura ni á la música como medio de exhibición popular y únicamente sus afortunados amigos conservan sus cuadros y han tenido el placer de escuchar sus sentidas romanzas.

Apesar de estas sus inclinaciones, no exentas de sobresalientes facultades, y de estar afiliado en esta Academia á la sección de artes, los más gloriosos laureles del Sr. Alvear han sido conquistados en el campo de la literatura. Varón muy culto, es harto conocido en la república literaria, ya como poeta fácil y elegante, ya como traductor benemérito y fidelísimo, ya como prosista galano con asomos de crítico perspicaz y discreto, adornado de alto juicio y de sólidos conocimientos. No necesitaba á la verdad de presentación y menos por parte de un

aficionado obscuro que acepta este encargo meramente por no parecer desatento á la benevolencia con que me honrais. Mas, ya que he contraido esta deuda, relataré á grandes rasgos algunos de los merecimientos del recipiendario é indicaré muy de paso algunas particularidades biográficas, ateniéndome á la costumbre practicada en estas solemnidades académicas. El Sr. Alvear nació en Pamplona y se educó en Valencia hasta la edad de quince años. Sobrino amadísimo de aquel monarca de la poesía española contemporánea llamado D. Ramón de Campoamor tuvo en todo tiempo la satisfacción de ser su confidente más íntimo, comer en su mesa, y acompañarle en los veranos á la finca denominada dehesa de San Ginés, impropiamente conocida con el nombre de Matamoros, entre Murcia y Cartagena, donde le vió escribir la mayor parte de las *Doloras*, los *Cantares*, *El drama universal* y tantas otras obras que allí concebía, pulimentaba y acababa. De este trato constante con Campoamor se desarrolló insensiblemente en el Sr. Alvear cierta manera poética que, sin ser marcada imitación, recuerda un tanto las producciones de aquel ingenio. Natural era que las tendencias del autor de *El tren expreso* se arraigaran é influyeran en su ánimo. Sirva de ejemplo, en este sentido, el delicadísimo poema intitulado *Un cuento de flores* (1901) muy aplaudido por la prensa y por críticos tan exceleutes como el que se oculta con el pseudónimo de *Zeda*, Gómez Baquero y otros. El Sr. Alvear tuvo la honra de prologar el poema *El Licenciado Torralva* de Campoamor, y la complacencia de que este le dedicara el de *Los caminos de la dicha*.

Acreditan también al nuevo académico de poeta distinguido gran número de composiciones sueltas, esparcidas en periódicos, una colección de *Epígramas* que conserva sin dar á la estampa, con prólogo de Eusebio Blasco inédito y autógrafo, y un elegante tomo de *Cantares* que publicó en 1886 obteniendo general aplauso: entre ellos, dados antes á luz en diarios y revistas, se destacan algunos de ternura tan melancólica como el siguiente que don Eduardo Benot transcribió en un artículo, creyéndole obra del pueblo, con lo cual queda hecho su mayor elogio:

El banco... el árbol... tu nombre...
El cielo lleno de luz...
¡Todo lo mismo que entonces...
¡Todo!... ¡Todo... menos tú!

Versadísimo en las lenguas francesa é italiana, ha compuesto en esta última algunas poesías y se precia de haber sido el primer traductor de Francisco Coopeé y de Lorenzo Stecchetti (Dott. Olindo Guerrini) en España. Tiene en efecto vertido á nuestro idioma con admirable fidelidad gran número de composiciones del autor de *La leva de los Herreros* y por completo el cancionero titulado *Póstuma* del célebre poeta italiano Lorenzo Stecchetti, á más de otras muchas poesías de Carducci, Canini, Panzacchi, Errico, Nadeau, Guiard, Soulary, etc. El interesante folleto del Sr. Alvear nominado *Stechetti en España.* (1898) revela sus ideas en cuanto á los traductores que, según su criterio, deben de sacrificarse y esclavizarse al original así en la forma como

en el fondo y nos dá cabal juicio de su espíritu crítico, razonador y bondadoso. Su *Discurso* leido en la Real Academia de la Historia, en Diciembre de 1885, con motivo de la solemne distribución de premios del segundo Certámen literario convocado por la Junta Directiva del centenario del Marqués de Santa Cruz, revela igualmente sus especiales conocimientos y su cultura exquisita. También ha prestado importantes servicios literarios á la milicia como director organizador del *Memorial de Infantería* desde el punto de vista técnico: ha sido recompensado por S. M. por un notable *Estudio sobre el servicio de remonta en España;* dió veladas literarias en el Centro militar de Madrid y últimamente ha sido honrado con la encomienda de Alfonso XII por el Ministerio de Instrucción pública. en memoria de sus antiguos trabajos. Es colaborador asíduo de *La Ilustración Española y Americana* y de otros periódicos y revistas de gran circulación.

¿Pero á qué proseguir enumerando sus merecimientos? ¿No basta, acaso, el erudito discurso que acabamos de oir sobre un tema tan interesante como el de la universalidad del *Quijote?*

Asunto es á la verdad curiosísimo siempre viejo y siempre nuevo, como lo es todo cuanto se refiere á aquella admirable obra que viene á desempeñar en la república literaria española tan principal papel como la Biblia en la comunidad religiosa. La novela del ingenioso hidalgo viene á ser entre nosotros el libro de los libros; fué la delicia de nuestros abuelos y será el regocijo de nuestros nietos: tiene la fortuna de ser admirada de los sabios y es-

timada de los indoctos: el raro privilegio, en fin, de destacarse entre todos los libros castellanos como el sol entre todos los astros. Así como el sol extiende sus rayos por toda la redondez de la tierra, el *Quijote* ha llegado también á todos los paises del globo: el vulgo no puede examinar este libro: pero se regocija con su lectura en tanto que permanece frío ante los de tantos otros ingenios, del mismo modo que permanece indiferente al brillo de las estrellas, pero se alegra ante el sol cuando sale y siente su calor benéfico aunque no puede comprender las causas de su potencia. ¿En qué biblioteca no se halla la historia del caballero de la triste figura? Su popularidad es tanta que, á lo que veo, aun aquellos que no han hojeado sus páginas, temerosos de pasar por hombres sin instrucción se avergüenzan de su descuido y lo encubren sin vacilación afirmando que la conocen. ¿Quién es tan ingénuo que se decide á declarar que no ha leido el *Quijote* ó que se atreve á confesar que no le place como aquel varón célebre de quien se cuenta que manifestaba como un delito en la hora de la muerte que le era antipático el Dante con su *Divina Comedia?* ¿Quién no se ha entusiasmado con las hazañas del bravo manchego que, al decir de Paul de Saint-Victor, «esconde el alma de un héroe bajo la capa de un loco y cuyos actos más absurdos no son más que desviaciones de una idea sublime: protejer á los débiles, castigar á los malvados, enderezar los tuertos, aniquilar los crímenes, ejercer la magistratura de la espada salvadora y vengadora en todos los grandes caminos de la vida humana: tal es el programa de su empresa.»

¡Ah, señores! Por mi parte, al mentar á *D. Quijote*, flor y espejo de los caballeros andantes, lejos de mostrarme socarrón y festivo, me siento un tanto triste y con ribetes de moralista y quisiera presentarle á la consideración pública, no como modelo de los caballeros *andantes*, sino como lección sublime para tantos caballeros *danzantes* de nuestros días: desnudemos al amojamado manchego de sus estravagancias y hallaremos en sus acciones la antigua galantería española para con las damas, el amor á la justicia, la honestidad más perfecta, la discreción en los consejos, el respeto á la Religión como cristiano viejo, la sencillez de las costumbres, el trato afable con los siervos, el valor, la esperanza... todas las excelencias del espíritu.

Su influjo es tan poderoso que aun aquellos mismos personajes que le rodean y se mofan de sus aventuras y de sus idealismos se hacen lenguas de su claro y desenfadado entendimiento y el propio Sancho en fuerza de vivir á su lado se torna á veces en juicioso y discretísimo. Los consejos que da á su escudero para el gobierno de la ínsula, bien pueden presentarse como un código de la moral más pura sacado además de la experiencia de la vida y del conocimiento más práctico y profundo de los hombres y de las cosas.

Con razón se puede decir de *D. Quijote* con Emilio Ferrari:

> Que á medias sabio como á medias lerdo
> él es la lucha que mantiene el hombre
> obrando loco y razonando cuerdo.

Todos llevamos en el alma algo de *D. Quijote:* todos igualmente llevamos en el alma algo de Sancho. *D. Quijote* no representa, sin embargo, el ideal perfecto ni Sancho la realidad perfecta: el uno se aparta completamente de lo real: el otro adolece del flaco opuesto, y de aquí que, como ha demostrado tan acertadamente el Sr. Alvear, la relativa perfección que podemos alcanzar se encuentra entre ambos.

Así opinaba el insigne D. Manuel de la Revilla al exponer que «cuando los hombres y los pueblos hayan resuelto en racional síntesis la antítesis cuyos opuestos términos simbolizan *D. Quijote* y Sancho: cuando no gobiernen la vida el idealismo extraviado ni el positivismo grosero, el ideal y la realidad se habrán unido en cuanto pueden unirse y la humanidad habrá alcanzado si no la absoluta é inaccequible perfección con que sueña, al menos aquella que le es lícito conseguir dentro de las condiciones de su naturaleza.»

Con admirable precisión ha demostrado en su galano discurso el Sr. Alvear las causas fundamentales que han contribuido á la universalidad del *Quijote*. Claro está que no pueden cimentarse en la hermosura de la forma, puesto que el pueblo generalmente no sabe apreciarla y solamente los aficionados que se dedican al estudio se encantan con los primores del lenguaje y pueden entrever sus dificultades y sus excelencias: el crecido número de versiones á otros idiomas donde la forma original desaparece, es también indicio evidente de que no está en ella la universalidad de la obra.

Tampoco depende esta universalidad del fondo de la novela en cuanto á la enseñanza particular que de su lectura pudiéramos recibir, puesto que cualquier tratado bueno de filosofía ó de moral contiene doctrinas no menos sabias. La universalidad del *Quijote* obedece principalmente, como muy discretamente ha expuesto el recipiendario, á la circunstancia poderosísima de que Cervantes, en la pintura de sus personajes, retrató el corazón humano con todas sus flaquezas de una manera tan viva, que inconscientemente nos confundimos con ellos, pensamos con ellos y mantenemos, en distintas esferas, los mismos sentimientos: en *D. Quijote* y en Sancho no alienta precisamente el espíritu español como muchos han sostenido en desdoro del patriotismo de Cervantes y queriendo ridiculizarnos: en *D. Quijote* y en Sancho palpita el corazón de todos los hombres y, por esta causa, la obra ha tenido universal arraigo. Natural es, en concordancia con los sitios en que se desarrollan las escenas de la portentosa fábula de Cervantes, que nos parezca que hemos de topar con las figuras de *D. Quijote* y su escudero cuando nos internamos en nuestras ásperas sierras á la sombra de las robustas encinas ó cuando atravesamos las llanuras de la Mancha y vemos girar las aspas de algún molino ó columbramos las rústicas tapias de alguna venta blanqueando entre monótonos olivares: pero no fuera discreto quien dedujera de estas circunstancias que el espíritu quijotesco es patrimonio, y patrimonio exclusivo, de los hijos de España.

No menos han influido en mi entender en la universalidad de tan admirable libro, la ironía y la

sátira de buen género que á cada paso descubrimos en sus páginas, no precisamente en cuanto atañen á los defectos de la caballería, sino en cuanto se relacionan con las costumbres sociales y con los vicios de los hombres desde los más encumbrados por la suerte hasta los más humildes y miserables. La ironía y la sátira contribuyen muy especialmente á esa universalidad; porque es necesario tener en cuenta, que como decía el doctísimo comentarista del *Quijote* D. Vicente de los Ríos, «todos los hombres tenemos una propensión á la sátira y á la burla y todos somos también naturalmente inclinados á la imitación y al remedo: así mismo el amor propio que es la pasión más dominante y más profundamente grabada en nuestro corazón nos fuerza insensiblemente á creernos superiores á los demás de nuestra especie y consiguientemente á disimular las faltas propias y á descubrir y notar las agenas. No hay escena alguna en el teatro de la vida donde logre nuestro amor propio mayor complacencia que en la representación satírica ó en el remedo burlesco de un vicio, y mucho más si está contraido á una determinada persona. En ella encontramos dos gustos, el de ver lo ridículo de los vicios y el de verlo aplicado á otro sujeto distinto.» En los pasajes del *Quijote* vemos vapulados los vicios de una manera tan cómica y agradable que no podemos contener la carcajada.

Debo también de advertir con el biógrafo de Cervantes D. Martín Fernández de Navarrete, que en el *Quijote* «la sátira y la ironía complacen y no lastiman por la delicadeza y oportunidad con que

se manejan»; que «la moral se escucha sin fastidio, porque se percibe al través de un velo encantador y halagüeño» y que contribuyen igualmente á su popularidad el corto número de los interlocutores y la naturalidad del estilo «de manera que se comprenden mejor y se fijan más fácilmente en la memoria las costumbres, hechos y caracteres de cada uno.»

Estas son en realidad las causas fundamentales de la universalidad del *Quijote*, tan hábilmente expuestas por el Sr. Alvear: mas no quiere decirse con esto en absoluto que no contribuyan á ella la belleza admirable de la forma, la propiedad de los caracteres, la pintura de los cuadros, la viveza de la acción y tantas otras prendas que avaloran la inmortal novela: accidentes que para los hombres sabios son de un atractivo y de un valor inapreciables.

Razón tiene el Sr. Alvear cuando sostiene que Cervantes se retrató en el principal personaje de su fábula. Es innegable que no se retrató de intento; pero «su alma—como decía D. Juan Valera—es el alma de *D. Quijote*. *D. Quijote* es él: no por que material y menudamente figuren las aventuras del hidalgo manchego, sus propias desventuradas aventuras, sino por que pone en él la generosidad de su alma y la pone por tal vigor de estilo que se nos retrata y aparece.» Y añade Valera que aunque nada se conociese de la vida de Cervantes «quien leyese el *Quijote* comprendería y amaría la excelencia moral de su autor que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.»

Mas no he de seguir divagando sobre este par-

ticular: nadie, señores, puede ver con extrañeza que Cervantes se retratara inconscientemente en el hidalgo de su obra cuando es harto sabido que como decía *D. Quijote* al caballero del verde gabán «la pluma es lengua del alma.»

El Sr. Alvear al principio de su discurso ha consagrado un elogio á la reciente obra artística de un afamado cordobés, dignísimo compañero nuestro en esta Academia, aludiendo á *El yelmo de Mambrino*, primoroso bajo-relieve del Sr. Inurria, quien ya en otra ocasión ejecutó otro trabajo escultórico inspirado también en la historia del ingenioso hidalgo.

A este propósito me satisface, como cordobés, traer á vuestra memoria que dos hijos de esta tierra han sido eminentes analizadores del *Quijote:* el uno D. Vicente de los Ríos, también Teniente Coronel como el Sr. Alvear, fué en el siglo XVIII el más insigne de los comentaristas y biógrafos de Cervantes: el otro, D. Juan Valera, recientemente fallecido, también discurrió notablemente «sobre el *Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle». Es además muy sabido por haberlo divulgado la prensa, que el Sr. Valera se ocupaba en sus últimos días en redactar para la Academia Española un discurso sobre el *Quijote*, con motivo del centenario que mañana conmemorarán todos los pueblos de nuestra nación. Ya que toco este punto me complazco, señores, en recordaros que Cervantes en su libro inmortal consagró alabanzas á varios cordobeses insignes é hizo algunas alusiones á cosas de Córdoba.

En el capítulo VI de la primera parte del ingenioso hidalgo, cuando se verifica el escrutinio de la librería de *D. Quijote*, nombra *La Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba* como uno de los tres mejores libros que en verso heróico se habían escrito en lengua castellana, que podía competir con los más famosos de Italia y debían de guardarse como las más ricas prendas de nuestra poesía. En el mismo capítulo cita *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto, á quien calificó de uno de los más famosos poetas del mundo, no solo de España. También en la parte primera, capítulo XXXII menciona á «Gonzalo Fernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro y del solo merecido.» Cervantes vuelve á mencionar á este guerrero en el capítulo XXXV. En la segunda parte, capítulo XLIV, alude á Juan de Mena «aquél gran poeta cordobés» que llamó á la pobreza

dádiva sancta desagradecida.

En el capítulo XV de la parte primera donde se relata la aventura de los yangüeses dice que «no se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro.» En el capítulo XVII de la misma parte primera figuran entre los que mantearon á Sancho *tres agujeros del Potro de Córdoba* «gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona.» En el prólogo de la segunda

parte refiere Cervantes el gracioso cuento del loco de Córdoba que arrojaba sobre los perros una losa de mármol; en el capítulo X de la misma parte segunda «donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea» dice el escudero «que es la señora nuestra ama más lijera que un alcotán y que puede enseñar á subir á la gineta al más diestro cordobés:» y en el capítulo XIV, también de la parte segunda, «donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque,» nombra la *sima de Cabra*. Finalmente, en el capítulo XXII de la misma parte hace memoria de *el caño de Vecinguerra de Córdoba*.

Bien pudiera, señores, ampliar este pobre discurso con multitud de comentarios, facilísimos en materia tan estudiada de propios y extraños. Mas creo que, como deja traslucir el Sr. Alvear, aquellos que se han preciado de entender mejor el *Quijote*, desmenuzándole y entresacando párrafos para querer demostrar que es una enciclopedia de conocimientos, son precisamente los que menos le han comprendido. No se me oculta, sin embargo, que entre los que han considerado á Cervantes como teólogo, como filósofo, como jurista, como marino, como geógrafo, etc., figuran varones eminentes y competentísimos. Descienden otros á pormenores tan nimios al tratar de esta obra que, como decía el propio *D. Quijote* á su escudero «se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.»

Ha llegado, señores, la hora de que termine

este lijerísimo esbozo de oración académica hilvanado con harta precipitación. Disimulad por tanto sus deficiencias y recibamos con júbilo al nuevo académico D. Cayetano de Alvear y Ramírez de Arellano, varón benemérito, afiliado por su profesión y por sus estudios á aquella brillante pléyade de ingenios que fueron gloria de las letras y de las armas españolas.

He dicho.